



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1425 MONTERREY, MEXICO

XIV

Eran las cinco de la mañana cuando llegué á C... y ya empezaban á entreabrirse algunas ventanas, y el humo de las chimeneas, las puertas que se abrían y los rostros soñolientos de los campesinos y los especieros, de los que se ocupaban ya de arreglar sus aperos agrícolas demostraban que cuando menos la gente trabajadora empezaba á moverse.

Los cascós de mi caballo al chocar contra el desigual empedrado de las calles atraían á los vecinos

de algunas casas, que se asomaban á los empañados vidrios de las ventanas ó á la puerta de la calle para ver al matinal viajero que con tan extraño traje se paseaba por las calles de la ciudad.

Porque en mi precipitación, no me preocupé de vestirme convenientemente y mi aspecto tenía algo de sospechoso.

Pregunté á un chiquillo que me miraba con espantados ojos, donde había una posada, me lo indicó, le di algunas monedas por sus indicaciones, y poco después reposaba en un lecho, sino muy limpio ni muy blando, lo bastante para satisfacer la necesidad de reposo que experimentaba.

Cuando me desperté, eran ya las tres de la tarde pudiendo comprender por esto que habría descansado completamente.

En una sola noche había tenido una buena fortuna, un duelo y una fuga, aún cuando muy rápida, verdaderamente feliz.

El estado en que quedó Alcibiades me tenía bastante inquieto, pero pocos días después supe que lo que yo creí mortal, no fué más que una herida grave pero sin consecuencias peligrosas, y que dentro de algunos días entraría ya en un período de franca convalecencia.

Esto me quitó de encima un peso enorme, porque la idea de haber dado muerte á un hombre, me atormentaba de un modo extraordinario, aún cuando aquella muerte hubiese sido hecha en defensa propio y contra mi voluntad.

Todavía no había llegado á esa sublime indife-

rencia por la vida de los hombres á que llegué después.

En C... encontré varios amigos de aquellos con quienes hice mi primer viaje; me uní á ellos estrechamente y me presentaron en diversas casas con cuyas familias entré en relaciones.

Me había acostumbrado perfectamente á mi nuevo traje, y la vida más ruda, más activa que llevaba, los violentos ejercicios á que me había entregado, me hicieron mucho más fuerte de lo que era.

Tomaba parte en todas las diversiones de mis compañeros; montaba á caballo, cazaba, era uno de tantos en las orgías, y poco á poco, me fuí acostumbrando á beber, en términos que despachaba dos ó tres botellas sin que me hiciesen afecto alguno.

Juraba y votaba como el primero y abrazaba con la mayor cordialidad á las mozas de posada como hacían mis amigos, y en suma, era un caballero completo según el último figurín de la moda.

Me desprendí de ciertas ideas provincianas que tenía respecto á la virtud y otras cosas por el estilo, y como revancha me hice tan susceptible en las cuestiones de honor que estaba batiéndome casi todos los días.

Esto llegó á ser una necesidad para mí; una especie de ejercicio indispensable, y sin el cual, me parecía que no me encontraba bien en todo el día.

Así era que cuando me había mirado mal una persona ó cuando no me había pisado, es decir, cuando no se me había dado pretexto para satisfacer aquella especie de monomanía luchadora, antes

que permanecer inactivo, servía de segundo á mis camaradas ó á personas que no conocía sino de una noche.

Bien pronto adquirí un renombre de bravo, que bien lo necesitaba para poner coto á las bromas que se me daban por mi rostro imberbe y mi aspecto afeminado.

Pero tres ó cuatro ojales más que abrí en diversos jóvenes y algunos alfilerazos que clavé en otras pieles recalitrantes, me hicieron necesariamente encontrar el aspecto más viril que Marte ó que el mismo Priapo en persona, habiendo muchos que hasta aseguraban que habían tenido mis bastardos en las fuentes del bautismo.

A través de toda esta aparente disipación, en esta existencia mal aprovechada y enojada, por decirlo así, por la aventura, no dejaba de perseguir mi idea primitiva, el concienzudo estudio del hombre y la solución del gran problema de un amante completo, problema algo más difícil de resolver que el de la piedra filosofal.

Sucede con ciertas ideas lo mismo que con el horizonte, que por cualquier parte que se le mire siempre se le vé delante, pero que huye y se aleja obstinadamente; ya sea que uno vaya despacio para alcanzarle, ya sea que rompa en carrera desenfrenada, siempre queda á la misma distancia.

No puede manifestarse sino con una condición de lejanía determinada; va destruyéndose conforme uno avanza, pero es para formarse más lejos con su azul impalpable, siendo vanos todos los esfuer-

zos para detenerle por los bordes de su manto flotante.

Cuanto trataba de acercarse más para conocer á este animal más imposible veía la realización de mi deseo, y lo que yo deseaba para amar con buen éxito, estaba fuera de las condiciones de su naturaleza.

Adquirí el convencimiento de que el hombre que más sinceramente se enamorase de mí, ya encontraría el medio, con la mejor voluntad del mundo de hacerme la más miserable de las mujeres, y por lo tanto fui abandonando muchas de mis exigencias de joven inocente.

No tuve otro remedio que descender de las nubes sublimes en que me había mecido no incesante para caer en la calle ó en el arroyo, sino sobre una colina de escasa altura, accesible aún cuando un poco escarpada.

La subida, cierto que era algo ruda, pero yo tenía el orgullo de creer que bien merecían que se tomasen la molestia de hacer un esfuerzo y que yo era un botín suficiente para compensar las fatigas que se pasaran por ganarlo.

No pude resolverme á dar ningún otro paso hacia adelante y esperaba tranquilamente sobre la cima que había elegido.

Había formado mi plan que era éste: Bajo mi traje masculino podría hacer conocimiento con cualquier hombre, cuyo exterior me hubiese ayudado. Viviría familiarmente con él, y provocando cierta clase de cuestiones y haciéndole algunas falsas con-

fidencias para obtenerlas verdaderas, llegaría á un conocimiento completo de sus sentimientos y de su modo de pensar.

Y si le encontraba tal como yo le había deseado, protestaría un viaje y permanecería separada de él por espacio de tres ó cuatro meses á fin de darle tiempo para que se olvidase de mis facciones.

Cuando creyera que este olvido había tenido lugar, regresaría otra vez vistiendo ya mi traje de mujer; alquilaría en un sitio retirado una casita pequeña voluptuosa, escondida entre árboles y flores; dispondría las cosas de modo que me encontrase y me hiciera la corte, y si efectivamente me demostraba un amor verdadero y fiel, me entregaría á él sin restricción y sin precaución alguna. El título de su querida me parecería muy honroso y no le pediría ningún otro.

Pero seguramente este plan no se ejecutara lo mismo que sucede con otros muchos, siendo la principal razón la fragilidad de la voluntad del hombre.

El proverbio de lo que la mujer quiere, lo quiere Dios, es tan verdadero como otros muchos, lo cual quiere decir que no lo es.

Mientras que no les había visto sino de lejos y á través de mi deseo, me habían parecido los hombres muy hermosos; pero era un efecto de óptica y nada más.

Ahora me parecen totalmente detestables y no comprendo como haya mujer que les admita en la

cama. En cuanto á mí estoy segura que no me resolvería á hacerlo.

¡Qué facciones tan groseras, tan innobles, sin finura, sin elegancia; qué líneas tan duras, tan poco graciosas, qué piel más áspera, más negra y más llena de costurones! Los unos son secos, huesosos, con cuerdas de violín en las manos, pies grandes, un mostacho siempre lleno de vituallas y retorcido hacia las orejas, los cabellos ásperos como crines de escoba, labios agrietados por el uso de los licorres fuertes, los ojos rodeados de cuatro ó cinco círculos negros, el cuello lleno de venas retorcidas, gruesos los músculos y salientes los cartilagos.

Los otros gruesos, verdaderos colchones de carne roja, llevando delante de sí un vientre ceñido dificultosamente por el cinturón, guiñan los pequeños ojos de color verde mar inflamados por la lujuria, y más bien parecen hipopotamos que criaturas humanas. Siempre van oliendo á vino, á aguardiente ó á tabaco, ó bien exhalan su olor natural que es el peor de todos, y finalmente aquellas cuyas formas son menos desagradables, no parecen sino mujeres mal formadas. He ahí la pintura de los hombres tal como yo la veo.

Yo no había observado nada de esto. Vivía como ea una nave y apenas si mis pies tocaban la tierra.

El perfume de las rosas y las lilas de la primavera llegaba hasta mí con una fuerza extraordinaria. No soñaba más que con héroes, amantes fieles y respetuosos, abnegaciones y sacrificios extraordi-

narios y había creído encontrar todo esto en el primer galopín que me diese los buenos días.

Pero esta primera embriaguez no duró mucho; extrañas sospechas me asaltaron y no tuve reposo hasta que no conseguí aclararlas.

En los primeros tiempos, el horror que yo sentía por los hombres, había llegado al último grado de exageración, y los contemplaba como verdaderas monstruosidades.

Su modo de pensar, sus costumbres, su lenguaje negligentemente cínico, sus brutalidades y su desdén respecto á las mujeres me chocaban y me sublevaban hasta el extremo, porque la realidad no respondía por ningún estilo á la idea que yo me había formado.

Pero no son tales monstruos si se quiere, son peor que eso todavía, son buenos muchachos, de buen humor, que beben y comen bien, que os prestarán toda clase de servicios espirituales y bravos, buenos pintores y buenos músicos, propios para mil cosas excepto para aquella para la que han sido creados, que es la de servir de macho al animal

llamado mujer, con quien no tienen la más ligera relación ni física ni moralmente.

Apenas si podía al principio disfrazar el desprecio que me inspiraban pero, poco á poco fui acostumbrándome á su manera de vivir.

Cuando les oía hablar mal de las mujeres, como si yo no fuera de su sexo, no me ofendía sino que por el contrario todavía lanzaba frases más acerdadas que obtenían gran éxito y esto halagaba en gran manera mi orgullo.

Positivamente ninguno de mis camaradas iba tan lejos como yo en aquello de los sarcasmos y de los epigramas respecto la mujer. El perfecto conocimiento del terreno me daba una gran ventaja, y mis anécdotas y mis observaciones brillaban por un mérito de exactitud que con frecuencia faltaba á los demás.

Porque, apesar de que todo el mal que se dice de las mujeres, está siempre fundado en algo verdadero, es muy difícil á los hombres conservar la sangre fría necesaria para ridiculizarlas bien, y con frecuencia se destaca el amor en sus mismas inventivas.

He observado que los más tiernos, los que tenían en más el sentimiento de la mujer, las tratan peor que los demás, encarnizándose con ellas de un modo extraordinario, como si les hubiesen guardado un rencor mortal por no ser tales como las habían soñado, desmintiendo la buena opinión que formaran al principio.

Lo que yo quiero antes de todo no es la belleza

física sino la belleza del alma, el amor, pero el amor como yo lo siento no puede existir en las posibilidades humanas. Estoy segura que amando como yo comprendo que podía amar, daría mucho más de lo que yo podría exigir.

¡Qué magnífica locura! ¡qué prodigalidad tan sublime!

Entregarse toda entera sin preservarse nada para sí; renunciar á su posesión y á su libre albedrío; entregar su voluntad en manos de otro, no ver más que por sus ojos, ni oír sino con sus oídos, ser uno en dos cuerpos, fundir y mezclar sus almas de modo que no se pueda saber quien es el uno y quien es el otro, absorber y deslumbrar continuamente, ser tanto la luna como el sol, concentrar todo el mundo y toda la creación en un solo ser, estar dispuesto á toda hora á los más grandes sacrificios y á la abnegación más absoluta, sufrir en el pecho de la persona amada como si fuera el vuestro; tal es el amor según yo le concibo.

Estas son las primeras y las más sencillas condiciones.

Si yo hubiera permanecido en mi casa vistiendo el traje de mi sexo, hilando melancólicamente en el torno ó bordando una tapicería tras de los vidrios de una ventana, lo que yo he buscado á través del mundo habría venido quizás á encontrarme directamente.

El amor es como la fortuna, el que va corriendo tras él no le alcanza jamás.

Visita con preferencia á los que están durmiendo

á la orilla de los pozos, y con mucha frecuencia los besos de las reinas y de los dioses descienden sobre los ojos que están cerrados.

Es una cosa que mortifica pensar que todas las aventuras y todas las dichas se encuentran precisamente en aquellos puntos que uno no ha visitado, y es un mal cálculo ensillar el caballo y partir á galope en busca de su ideal.

Muchos han incurrido en esta falta y otros muchos incurrirán también en ella.

El horizonte está siempre formado por un azul encantador por más que cuando á él se llega las colinas que le componen no sean ordinariamente más que bocas descarnadas y hendidas, ó masas de ocre lavadas por la lluvia.

Me figuraba que el mundo estaba poblado de gentes adorables y que sobre los caminos se encontrarían poblaciones de Espalandian, Amadis y Lancelot del Lago, y quedé sorprendida de que el mundo se ocupase tan poco de esta sublime pesquisa.

Bien castigada he quedado por mi curiosidad y mi desconfianza.

He quedado herida del modo más horrible sin haber conseguido mi objeto.

En mí, el conocimiento ha preferido el uso, y no hay nada peor que estas experiencias cuando no son el resultado de la acción.

La ignorancia más completa fuera cien veces mejor, porque si bien osaría acometer muchas tonterías servirían siempre para instruiros y rectificar vuestras ideas, porque bajo el disgusto que dejo in-

dicado hay siempre un elemento vivo y rebelde que ocasiona los más estraños desórdenes.

El espíritu está convencido pero el cuerpo no lo está, y no quiere sucumbir á este soberbio desdén.

El cuerpo joven y robusto se agita sobre el espíritu como un potro vigoroso montado por un viejo débil, y al cual sin embargo no puede dominar porque el freno le obliga á tener alta la cabeza y le destroza la boca.

Desde que vivo con los hombres he visto tantas mujeres indignamente traicionadas, tantos vínculos secretos imprudentemente divulgados, purísimos amores arrojados con indiferencia al lodo, jóvenes caballeros corriendo á la casa de asquerosas cortesanas saliendo de los brazos de las queridas más encantadoras, que no me sería posible decidirme á tomar un amante.

Sería lo mismo que arrojarse en pleno día y con los ojos abiertos en un abismo sin fondo.

Pero á pesar de esto el anhelo secreto de mi corazón es tener uno.

La voz de la naturaleza ahoga la voz de la razón.

Yo comprendo que no seré dichosa jamás, sino amo y si no soy amada.

Pero la desgracia es que no se puede tener más que un solo amante, y los hombres, si no son todos diablos, están bien lejos de ser ángeles.

Los conozco perfectamente para dejarme engañar. Todos los bellos discursos que pudieran diri-

girme no conseguirían nada porque ya se de antemano lo que pueden decir.

Les he visto estudiar sus papeles y repasarlos antes de entrar en escena. Conozco sus principales tiradas de efecto y los recursos con que cuentan.

Ni la palidez del rostro, ni la alteración de las facciones podrían convencerme.

Una noche de orgía, algunas botellas de vino y dos ó tres mujeres bastan para producirla.

He visto practicar este medio á un joven marqués muy sonrosado, muy fresco y que ha debido á esta interesante palidez el ver coronada su ardiente llama.

Se también como los más lánguidos celadores se consuelan de los rigores de sus Astreas encontrando el medio de entretenerse esperando la hora del triunfo, y he visto tambien lo que muchas pudibundas Arianas estaban haciendo.

Así es que, después de todo esto, el hombre no me tienta mucho, porque carece de esa belleza que tiene la mujer, belleza que constituye ese espléndido vestido que disimula tan perfectamente las imperfecciones del alma, ese divino manto arrojado por Dios sobre la desnudez del mundo, y en virtud del cual puede excusarse que se ame á la más vil cortesana del arroyo si posee ese regio y magnífico don.

A falta de las virtudes del alma yo quisiera al menos, la perfección esquisita de la forma, el satinado de la carne, la redondez de los contornos, la

suavidad de líneas, la fineza de la piel, todo eso en fin, que constituye el encanto de la mujer.

Ya que no tenga el amor quisiera la voluptuosidad, reemplazar mejor ó peor el hermano por la hermana.

Todos los hombres que he visto, me han parecido excesivamente feos.

Mi caballo es cien veces mejor y creo que tendría menos repugnancia en abrazarle que abrazar á ciertos caballeros que se hacen la ilusión de ser encantadores.

Un hombre de espada no me convendría por ningún estilo. Los militares tienen algo de mecánico cuando andan y de bestial en el rostro, lo que hace que no se les pueda considerar como criaturas humanas.

Los hombres de toga no me seducen tampoco. Son amarillentos, aceitosos, con los ojos entornados y la boca sin labios y no podría unir mi cara con la de semejantes hombres.

En cuanto á los poetas no consideran en el mundo más que el fin de las palabras y hay que confesar que son muy difíciles de utilizar convenientemente.

Son más enojosos que los demás; son tan fríos como ellos, no tienen la menor distinción ni la más ligera elegancia en su rostro ni en su traje, lo que parece verdaderamente extraño.

Pensar que durante todo el día están ocupándose de la forma, de la belleza y no advierten que sus

botas están mal hechas y que su sombrero es ridículo.

Con semejantes individuos quedaría una harta de poesía y de versos para toda la eternidad.

Tampoco los pintores merecen que se les considere más.

Son estúpidos hasta lo inconcebible. No ven más que los siete colores.

Uno de ellos, con quien he pasado algunos días en R..., y al cual pregunté qué pensaba de mí, me dió esta ingeniosa respuesta:

— «Tiene usted un tono demasiado caliente y en las sombras es preciso emplear, en vez del blanco, el amarillo de Nápoles puro con un poco de tierra de Cassel y el rojo oscuro.»

Tal era su opinión, y si á esto añadimos que tenía la nariz torcida y los ojos como la nariz, se comprenderá que no podía ser muy encantador.

¿A quién elegiré? ¿A un militar de bigotes retorcidos, á un legista de espalda convexa, á un poeta ó un pintor de semblante asustadizo ó á un jovenzuelo enfermizo y sin consistencia? En esta jaula de fieras, ¿cuál podría escoger?

Lo ignoro por completo, y no sé á qué parte dirigirme, porque todos los hombres son iguales en necedad y en fealdad.

No tendré más remedio que elegir uno que me guste, sea el que sea y servirme de él. ¡Válgame Dios, y qué desdichada heroína soy, tórtola falta de su compañero y destinada á perpetuidad á lanzar melancólicas quejas!



¡Cuántas veces he deseado ser un hombre como lo parezco! ¡Qué de mujeres hay con quienes me habría entendido perfectamente y cuyo corazón habría comprendido el mío!

¡Cómo sus delicadezas amorosas, sus nobles anhelos de pura pasión, á los cuales habría podido responder cumplidamente, me hubieran hecho completamente feliz!

¡Qué suavidad! ¡Qué delicias! Cómo todas las sensitivas de mi alma se habían abierto libremente, si bien obligadas á contraerse y cerrarse á cada momento bajo el contacto de una mano grosera.

¡Si hubiera sido un hombre cómo habría amado á Rosita, qué adoración le hubiera profesado! Nuestras almas estaban verdaderamente hechas la una para la otra.

Eran dos perlas destinadas á fundirse juntas para no formar más que una sola.

¡Cómo habría yo realizado todas las ideas que ella tenía formadas respecto al amor.

Su carácter me convenía muchísimo y su tipo de belleza me agradaba.

Pero nuestro amor estaba destinado á un platonismo insuperable.

Ultimamente me ocurrió una aventura que creo necesario referirte.

Visitaba una casa donde había una niña encantadora que á lo más tendría quince años.

Jamás he visto una miniatura más adorable.

Era rubia, pero con ese rubio delicado y transparente de que carece la generalidad.

Hubiérase dicho que tenía los cabellos de oro espolvoreados de plata.

Sus cejas tenían un tinte tan suave y tan perfectamente fundido, que apenas si se dibujaban de un modo visible.

Sus ojos, de un azul pálido, tenían la mirada un poco velada y los párpados más soñadores que es posible imaginar.

Su boca pequeñísima añadía un detalle más al aspecto infantil de su belleza cuyo carácter general era de una ingenuidad inexplicable.

Me encantaba contemplarla.

Admiraba sus manitas blancas y finas que se transparentaban, su pie de pajarillo que apenas parecía posarse sobre la tierra, su cintura que el menor soplo de aire podía quebrar y sus hombros de